

## 10

# La expresión literaria como medio de conocimiento antropológico en la filosofía de Karol Wojtyła

CARMEN GONZÁLEZ\*

## Introducción

El personalismo que caracteriza la filosofía de Wojtyła se desarrolla sobre la base de una percepción fundamental: el hombre no puede ser abordado como un ente más del mundo; no es posible ni apropiado a su altura ontológica pretender encerrar en un concepto la inmensa riqueza de toda persona. Nos proponemos repensar el recorrido intelectual que nuestro filósofo realizó para arribar a esta afirmación.

Wojtyła, sabemos, es un filósofo de fuerte tradición tomista y enorme apertura a la modernidad. A los veintitrés años, habiendo ingresado al Seminario clandestino de Cracovia, acometió por primera vez la ardua tarea de comenzar sus estudios de filosofía en su vertiente tomista; algunos años después, ya ordenado y en Roma, se acercó al tomismo más tradicional de la mano de Garrigou Lagrange. Pero, de regreso en Polonia, conoció otra posibilidad de leer el pensamiento de Tomás de Aquino, en relación con el llamado tomismo existencial de autores como Etienne Gilson o Jacques Maritain. Estas diferentes aproximaciones al pensamiento del aquinate despertaron en él un enorme interés por conciliar la filosofía del ser con la filosofía de la conciencia.

.....  
\* Doctora en Filosofía por la Universidad Católica de Santa Fe, Argentina; profesora en Filosofía para la Enseñanza Media y Superior, Universidad Católica de Santa Fe, Argentina.



En el comienzo de un artículo que escribió en 1961, señala que “Santo Tomás conocía el concepto de persona y lo definía de un modo muy claro. Otra cosa sería decir si conocía el problema del personalismo y si lo formulaba de manera tan clara como el problema de la persona”<sup>1</sup> (Wojtyła, 2005, p. 303). Es claro que, en el pensamiento de Tomás, el término *persona* se usa en los tratados estrictamente teológicos sobre la Santísima Trinidad, pero que en los tratados filosóficos aborda la cuestión del hombre. Wojtyła vislumbra que este cambio en el uso de los términos se debe a que cuando describe ontológicamente al ser humano, lo hace de modo entitativo y no desde la interna subjetividad de la persona. Concluye este artículo diciendo:

Parece que no hay lugar en su visión objetivista de la realidad para el análisis de la conciencia y de la autoconciencia, [...] en Santo Tomás vemos muy bien la persona en su existencia y acción objetivas, pero es difícil vislumbrar allí las *experiencias vividas de la persona* (Wojtyła, 2005, p. 312 [cursivas agregadas]).

Esta misma preocupación lo llevará a afirmar en 1976 la necesidad de encontrar un camino adecuado que permita superar la aparente antinomia entre esta visión objetivista del hombre y el subjetivismo de corte cartesiano que la modernidad nos ha dejado. Wojtyła (1998) cree ver en la consideración de la *experiencia real del ser humano* esta salida:

Quien escribe esto, está convencido de que la *línea de demarcación entre la aproximación subjetiva* (de modo idealista) y *la objetiva* (realista), en antropología y en ética debe ir desapareciendo y de hecho se *está anulando a consecuencia del concepto de experiencia del hombre* que necesariamente nos hace salir de la conciencia pura como sujeto pensado y fundado “a priori” y nos introduce en la existencia concretísima del hombre, en la realidad del sujeto consciente. (pp. 25-26)

Wojtyła subraya también que “la antropología clásica renegaría precisamente de realismo al pensar al hombre, si por miedo al subjetivismo, traicionara toda la dimensión subjetiva del hombre, y si —olvidando esta cuestión, única en su género, de autoconocimiento— no se pusiera al encuentro con toda la realidad subjetiva” (Styczen, 2003, p. 806).

<sup>1</sup> El mismo Wojtyła señala, algunas líneas más adelante, que el personalismo no es una teoría particular de la persona o una ciencia teórica, sino que más bien, en sentido práctico, trata de la persona como sujeto y objeto de la acción.

Esta subjetividad desde la cual Wojtyła invita permanentemente a pensarnos nada tiene que ver con el subjetivismo moderno que, por un lado, cierra la conciencia sobre sí misma y, por otro, diluye las particularidades individuales de cada hombre en lo universal de la *res cogitans*; alude a ese espacio interior de la conciencia en el que cada persona se vive a sí misma como un ser autodeterminado, autoposeído y gobernado y, por tanto, con un valor absoluto que lo ubica por encima de cualquier otro ser existente en el mundo. Es sabido que este es el itinerario de su obra mayor *Persona y acto*, en la que muestra de qué manera se manifiesta la estructura ontológica de la persona en las acciones personales y de qué modo, entonces, se hace evidente la necesidad de tratar a toda persona según el imperativo del amor.

Wojtyła ha demostrado en toda su obra filosófica —aquella comprendida entre los años 1953 y 1978— un modo novedoso de fundar la moral en la realidad ontológica de la persona humana. Esta novedad tiene que ver, entre otras cosas, con encontrar el método adecuado de expresar aquello que en la intimidad de su ser cada persona experimenta, pero que en la comunicación con otras personas se revela como lo común a todos nosotros.

Todas estas grandes tesis habían sido maduradas ya en otra riquísima dimensión de su vida, la de poeta y dramaturgo; dimensión que no abandonó jamás y que se consolidó como núcleo de su forma de pensar y de vivir, sobre el cual se fueron forjando las dimensiones de su acción como pastor y como filósofo.

## El hombre que se muestra en su poesía

Acceder a la obra poética de nuestro autor no resulta una tarea sencilla; en primer lugar, porque desconocemos toda la riqueza de la gramática de la lengua polaca<sup>2</sup>, y en segundo lugar, porque el contenido de sus poesías trasunta una serie

.....  
2 Hemos considerado, para llevar adelante el presente trabajo de investigación, las obras principales del autor en su traducción al italiano por una doble razón; por un lado, por la cercanía cultural entre los pueblos que se expresan en lengua española (por medio de la cual pensamos, sentimos y expresamos nuestras vivencias) y la italiana, cuestión que no nos es posible con una lengua eslava. Por otra parte, y en términos más pragmáticos, porque la edición que utilizamos en este trabajo es la que ha sido finalmente recomendada por el mismo autor.



de vivencias personalísimas que, por ser tales, es difícil comprender de modo acabado. “Se tiene la impresión de que para Karol Wojtyła la poesía fuese algo de mucha intimidad, personal” (Taborski, 2005, p. 5). Es de algún modo un poeta íntimo. Ha dicho casi nada de su obra poética, tal vez porque en las imágenes que se descubren en toda poesía está expresada la verdad de la experiencia vivida de un modo que no puede ser traducido al lenguaje conceptual o argumentativo<sup>3</sup>. Sin embargo —y este es un rasgo común a toda su obra literaria—, la comunicación de experiencias personales pone de manifiesto, como dijimos recién, una universal vivencia de lo humano que pasa por encima de los datos únicos de lo vivido.

Su producción poética durante los primeros tiempos del estallido de la guerra y de la ocupación nazi de Polonia tiene que ver con temas patrióticos y de conciencia social: *El arpista*, *La brecha*, *Los vengadores* o *Proletariado*. Durante un largo periodo que culminó en 1944 escribió la obra *El canto del Dios escondido*, reflexión sobre el sacramento de la Eucaristía, que, junto a otras obras como, por ejemplo, *Surgida de los confesores*, manifiestan su cada vez mayor ocupación en cuestiones teológicas y específicamente sacramentales mientras transcurren sus primeras experiencias pastorales.

Creemos percibir que aquello que vincula a la experiencia mística con la literatura wojtyliana tiene que ver con la experiencia de encontrar a Dios en la propia finitud; en la propia experiencia del mal causado o padecido, en la falibilidad del juicio humano, en el anonadamiento que produce la muerte si el hombre no da el salto a Dios.

En *Peregrinación a los santos lugares*, Wojtyła (1965) dice:

Mi lugar está dentro de Ti. Tu lugar está dentro de mí. Es el lugar de todos los hombres. Sin embargo, en este espacio, no me siento empequeñecido por todos los otros. Más grande es mi soledad que si no hubiese nadie. Sólo conmigo mismo y al mismo tiempo multiplicado por todos los otros en la Cruz que allí se levanta. Esta multiplicación, sin

<sup>3</sup> A Wojtyła le parece inadecuado y, hasta arrogante, suponer que la condición humana podía captarse por medio de un solo camino: el conceptual-argumentativo. Señala Ferrer (2007) en este sentido: “La literatura, en su caso las obras dramáticas y la poesía, en ocasiones podía alcanzar ciertas verdades que no se captaban adecuadamente mediante la filosofía y la teología. [...] Wojtyła creía que el lenguaje, ya sea técnico o literario, siempre resultaba inadecuado para la realidad que trataba de captar y plasmar”.

reducción permanece un misterio: la Cruz va contracorriente. En ella, las cifras retroceden delante del Hombre.

Pero, aun siendo inextirpable, ninguno de nosotros quiere llevar la cruz, de ningún modo, salvo que se tome con Él. Por su parte, en *Perfiles del Cireneo*, Wojtyla (1957) describe:

El melancólico  
Yo no quería tomarla. Desde hace mucho tiempo el dolor ha pesado en mí.  
Al principio, recibido débilmente,  
ha pasado por la imaginación  
y ha subido lento como la polilla, como el óxido que desmorona el hierro.  
Oh, salir de esta corriente oculta, superar el presagio del dolor!  
La vida es simple y grande: no termina en mí su profundidad.  
Más extraordinaria que dolorosa es la realidad.  
Finalmente reordenar todo, en un gesto equilibrado y maduro.  
No volver sobre sus propios pasos tantas veces, sino ir adelante,  
llevar simplemente  
sobre la igual distancia de las horas esta débil estructura  
que fácilmente se desordena en los confines de la mente  
pero que en sí mismo es más cansancio que dolor.  
Tal vez estar más con Él que solo consigo mismo  
ser más con Él  
y alejar la amenaza de las cosas,  
tanto que un simple acto sea suficiente.

Aun viendo que en estas obras se expresa su propia percepción ante la muerte, no estamos en condiciones de dar lugar a un juicio que tilde de personal e íntima, por no decir subjetiva, su obra. Con Ferrer (2007) sostenemos:

A diferencia de la mayor parte de la poesía moderna, [la poesía de Karol Wojtyla] no está centrada sobre sí; tampoco es, en un sentido más amplio, antropocéntrica, sino teocéntrica. [...] Este teocentrismo no significa, sin embargo, que su poesía descuide al hombre, [...] el hombre es considerado no sólo en relación a su naturaleza terrena o en relación a su historia, sino también a su destino último que reside en Dios. [También] es una poesía intensamente personal, que toca los problemas de la vida y de la experiencia interior y expresa las emociones y los pensamientos del autor en el puesto que él y los otros tienen en el mundo, con un verdadero interés por los problemas del hombre contemporáneo.



## La antropología de sus obras de teatro

En 1941 Wojtyła y su antiguo profesor de teatro fundan un grupo que, como organización clandestina, buscaba sostener el teatro como herramienta de resistencia cultural del pueblo polaco. El teatro rapsódico<sup>4</sup> era, en palabras del mismo Kotlarczyk, “una protesta contra el exterminio de la cultura, de la nación polaca sobre su mismo suelo, una forma de movimiento de resistencia clandestina contra la ocupación nazi” (Taborski, 2005, p. 254), pero no de propaganda política sino impregnado del espíritu nacionalista que buscaba mantener viva la riqueza del patrimonio cultural polaco.

Nuestro autor entiende que la centralidad de la palabra supone cierto intelectualismo con rasgos particulares. Esta palabra que se considera no como acompañante de la acción sino como protagonista tiene cierto carácter ideal; él indica que en el teatro rapsódico no nos encontramos con gestos propios del proceder común del teatro, sino con el problema mismo sin veladuras:

En su forma abstracta, no bajo el velo de las acciones teatrales y si hay acción, ésta está al margen del problema de la representación, como ilustración del problema. [...] Éste es precisamente el rasgo propio del Teatro Rapsódico que debería ser definido como intelectualista, porque el intelecto, la razón, es el reino de la abstracción, la esfera de los conceptos. (Taborski, 2005, p. 969)

Hemos descrito este aspecto intelectualista bajo la forma de abstracción, pero no en el sentido que ha cobrado con la modernidad, sino más bien en el sentido clásico de *aphairesis*, como separación o “sustracción de aquello que es ontológica y axiomáticamente más importante que toda una serie de elementos con los que algo está conectado” (Taborski, 2005, p. 18). Así, se comprende que lo que el teatro rapsódico busca es expresar cierto universal, no tanto como opuesto a real sino como aquel que revela y significa lo real a fin de dar respuesta concreta a los problemas más hondos de la existencia humana. Nuevamente, la evidencia de que la comunicación de vivencias íntimas, en la persona del rapsoda, está cargada de un sentido objetivo que comunica o despierta en la conciencia del oyente el sentido de lo humano.

<sup>4</sup> Toma este nombre con el objeto de recuperar la fuerza de la palabra que a través del rapsoda se muestra.

Pero no solo ha participado como actor, sino que Karol Wojtyła tiene también una importante producción en obras dramáticas que se inscriben en el marco conceptual de esta forma de teatro llamado *rapsódico*. Sin profundizar el estudio de sus obras, nos limitaremos a señalar los aspectos más importantes y significativos de este esfuerzo de análisis de la naturaleza humana.

Su primera obra, no publicada y, por eso, desconocida, la escribió a los diecinueve años bajo el título de *David*; a los veinte escribió *Job y Jeremías*; en 1941 publica, en su primera versión, *Hermano de nuestro Dios*; luego *El taller del orfebre* y *Esplendor de paternidad*, en la década del setenta, poco antes de la elección para que ocupara la sede de Pedro<sup>5</sup>. En todas estas obras el problema del hombre es central, aunque mantenga, como en sus poesías, cierto teocentrismo.

Wojtyła está convencido de que la realidad del hombre permanece desconocida y exige al mismo tiempo una siempre nueva y más madura aproximación a su naturaleza; toda su obra literaria es un esfuerzo por aproximarse a ella. En *Esplendor de paternidad*, Wojtyła pone en boca de Adán estas palabras: “Ahora, desde hace tantos años, vivo como un hombre alejado de su personalidad más profunda y, al mismo tiempo, condenado a profundizarla” (Taborski, 2005, p. 955). ¿Quién es Adán? Él mismo continúa diciendo en esta obra: “No sin motivo llevo el nombre de Adán. En este nombre se puede encontrar todo hombre” (p. 955). Es el personaje emblemático de la mayoría de sus obras, que busca expresar lo común al drama de la existencia que todo ser humano experimenta.

En esta obra vemos que el viaje a lo profundo del alma humana toma el lugar de la acción exterior. Según Josef Tischner, la clave de esta obra es la idea de la interacción creativa de las personas que puede expresarse de la siguiente manera: gracias a ti, yo me hago yo mismo, y gracias a mí, tú devienes tú mismo; no podremos ser nosotros mismos el uno sin el otro. En esta interacción creativa de las personas está el núcleo del drama. Se podría decir que todos los dramas del mundo describen el curso de la interacción, ya sea creativa o destructiva:

<sup>5</sup> Todas estas obras se encuentran publicadas, con un interesante estudio introductorio, en *Tutte le opere letterarie. Poesie, drammi e scritti sul teatro*.



Parte I: Adán

Y he aquí que siempre vuelve el pensamiento de que yo debería encontrarme a mí mismo en cada hombre, buscándome no desde fuera, sino desde dentro. [...]

Mirad a los trabajadores que salen de la fundición, con sus monos y sus cazadoras de piel. . [...]

Mirad a los transeúntes [...] a los que llegan a sus casas y cierran silenciosamente la puerta tras de sí. [...]

Todos pasan: cada uno lleva dentro de sí un contenido inconsciente, que se llama humanidad. [...]

Sin cesar tengo la sensación de que eludo aquello en los que, sin embargo, estoy inmerso. El hombre no solamente nace, sino que muere también [...] para poder elegir, hay que saber primero, hasta el fondo. ¿Puedo acaso decir que mi saber ha llegado hasta el fondo? No, no puedo decirlo. [...]

Hay algo que ahora sé: yo no estoy solo. Es mucho más que eso: estoy “cerrado”. [...]

## El hombre como sujeto de la experiencia mística

En 1948 nuestro autor defendió su tesis doctoral en teología: *La fe según San Juan de la Cruz*. Sostiene Wierzbicki (1948) que en esta obra ya estaban delineadas las principales líneas del pensamiento de Karol Wojtyła: “Impresiona sobre todo la sensibilidad del autor de la tesis de doctorado en atender a los contenidos antropológicos de la experiencia del hombre” (p. 15). Bien se puede pensar que la inclinación del joven estudiante a la doctrina de la fe en san Juan de la Cruz haya estado señalada por la lectura de sus obras en el momento de iniciación a la mística. Como el místico español, Wojtyła buscará en toda su obra —filosófica, teológica o poética— unir los propios conocimientos a la experiencia, la cual provoca un continuo estupor y sobre la cual se apoyará, entonces, todo su pensamiento. En muchos casos, este “exceso de estupor lo conduce a la poesía” (Wierzbicki, 1948, p. 18), como medio más adecuado de expresar lo vivido en la experiencia; no se trata de una poesía emotiva ni intelectual, aunque las emociones y los elementos reflexivos estén permanentemente presentes.

En la fe, según san Juan de la Cruz, no se produce algún tipo de conocimiento como resultado de la apropiación del objeto conocido, en sus notas particulares,



por el sujeto cognoscente. Se trata más bien de un *encuentro* del hombre con Dios; una experiencia en la que el mismo Dios, en tanto fenómeno que se manifiesta al hombre, revela sus notas. Wojtyła (1948) señala cómo en san Juan de la Cruz, dentro de la experiencia de la fe, el intelecto se retira a un segundo plano, pero no porque su participación no sea relevante, sino porque ofrece un carácter de pasividad que en otras consideraciones, por ejemplo, la escolástica, no tiene: “El intelecto se abre a la luz de la verdad divina, no por virtud propia, desproporcionada y de potencia visiblemente insuficiente, sino por la luz sobrenatural de la fe que Nuestro Señor ha querido poner en el intelecto” (p.72). Se trata, por tanto, de un intelecto *pasivo*, que se deja afectar por la manifestación y la presencia real de Dios en el hombre.

En la experiencia de la fe, el hombre se encuentra con Dios y es Él quien deviene forma del intelecto del hombre, pero, insistimos, no porque pueda comprender a Dios sino porque lo “acoge en sí y es acogido en Él. [...] En este encuentro la noche de la inteligencia deviene luz, el hombre comprende que, precisamente, en el no darse como objeto de una intelección, Dios habita como persona en su alma” (Buttiglione, 1982, p. 66). Esta afirmación nos permite ver el camino que Wojtyła transita hacia dos afirmaciones fundamentales: el conocimiento de la condición humana es resultado de una experiencia y no de un razonamiento que parte de premisas abstractas; al mismo tiempo, en esa misma experiencia se revelan no solo las notas esenciales del hombre, sino también los imperativos morales que son inherentes a esta manifestación del valor absoluto de la persona.

La fe vivida es, en san Juan de la Cruz, el método que permite conocer la verdad humana en relación con la verdad divina. La experiencia del Otro, tan otro de sí, es lo que hace posible la toma de conciencia de sí. El intelecto se vuelve reflexivo como consecuencia de la afección producida por la presencia de Dios, como objeto percibido —tan solo percibido—. Es precisamente la fe, entendida de este modo, la que permite una percepción más aguda de la subjetividad humana; en tanto el hombre se comprende a sí mismo como *semejante* a Dios y *participante* en Él, se revela su valor ontológico: “La experiencia más profunda de la persona toca,



en algún modo, su núcleo ontológico a través de la conciencia” (Buttiglione, 1982, p. 66); por tanto, también es dado a esta experiencia la prohibición de negar en sí mismo y en todo otro hombre el misterio de la persona transformándolo en objeto. Es este el primer paso que da Wojtyła en su método de fundamentación de la moral (aún no construido), por vía fenomenológica; intuición que en 1948 echará las bases para toda su elaboración ético-antropológica de la escuela de Lublin.

## Consideraciones finales

“No se comprende a Wojtyła filósofo si no se discute y presenta también a Wojtyła poeta y no se comprende a fondo a Wojtyła filósofo y poeta si se descuida el problema de fondo que concierne a Dios y, en consecuencia, la dimensión teológica”, dice G. Reale en la Introducción a *Metafísica de la persona*, y con él también nosotros vemos que hay una unidad coherente de percepciones en el pensamiento y vida de Wojtyła, que ha sabido ver, desde los comienzos de su productiva vida intelectual, la necesidad de afirmar el valor absoluto de la persona; misterio tan grande que no puede ser encerrado en conceptos y explicado en sistemas, sino tan solo mostrado en la diversidad de lenguajes que le permitan a todo hombre saberse en la interioridad de sus experiencias, mostrarse en la variedad de sus expresiones, comprenderse en el diálogo y encuentro con otros que viven lo mismo y actuar humanamente en consecuencia.

## Referencias

- Buttiglione, R. (1982). *Il pensiero di Karol Wojtyła*. Milano: Jaca Book.
- Ferrer, M. (2007). *La obra poética y dramática en Karol Wojtyła*. Madrid: Palabra.
- Styczen, T. (2003). *Metafísica de la persona*. Milano: Bompiani.
- Taborski, B. (2005). *Tutte le opere letterarie. Poesie, drammi e scritti sul teatro*. Milano: Bompiani.
- Wierzbicki, A. (1948). *La barca interiore. Affinità spirituale del pensiero di Karol Wojtyła con il pensiero di San Giovanni della Croce*.
- Wojtyła, K. (1998). *La subjetividad y lo irreductible en el hombre*. Madrid: Palabra.
- Wojtyła, K. (2005). *El personalismo tomista, en Mi visión del hombre*. Madrid: Palabra.